

22

REVISTA CIENCIAS
SOCIALES

primer trimestre 2005



Rafael Quintero López

Milton Benítez Torres

Bolivar Echeverría

Wim Dierckxsens

Julio Echeverría

Rafael Romero

Napoleón Saltos Galarza

Daniel Granda Arciniégas

Jaime Torres Lara

Ciencias Sociales

Revista de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas

Universidad Central del Ecuador



**ABYA
YALA**

Ciencias Sociales

Revista de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas

Universidad Central del Ecuador

Primer Trimestre 2005

Director:

Rafael Quintero López

Comité Asesor:

Natalia Arias
Enrique Ayala
Susana Balarezo
Jaime Breilh Paz y Miño
Hans Ulrich Büniger
Leonardo Espinoza
Wilson Herdoiza
Joaquín Hernández

Ariruma Kowi
Michael Langer
César Montúfar
Francisco Rohn
Wilma Salgado
Erika Silva
Carlos Tutivén

Consejo Editorial:

César Albornoz
Milton Benítez
Alfredo Castillo
Pablo Celi
Julio Echeverría
Mauricio García
Daniel Granda
Francisco Hidalgo
Nicanor Jácome
Alejandro Moreano
Gonzalo Muñoz
Patricio Ruiz
Rafael Romero
Napoleón Saltos
Mario Unda
Silvia Vega
Marco Velasco

Administradora:

Marcela Escobar

Comunicador Social:

Fernando García

Ira. Edición:

Ediciones ABYA-YALA
12 de Octubre 14-30 y Wilson
Casilla: 17-12-719
Teléfono: 2506-247/ 2506-251
Fax: (593-2) 2506-267
E-mail: editorial@abyayala.org
Sitio Web: www.abyayala.org
Quito-Ecuador

Impresión

Docutech
Quito - Ecuador

ISBN:

9978-22-502-1

Las ideas vertidas en los artículos de esta publicación son responsabilidad de sus autores y no corresponden necesariamente a los criterios de esta revista. La Revista Ciencias Sociales no se compromete a devolver los artículos no solicitados.

Para correspondencia dirigirse a:

Dr. Rafael Quintero, Director de Revista Ciencias Sociales
Casilla # 17034643A, Quito-Ecuador
Teléfono: (593-2) 252-6444
Fax: (593-2) 256-5822
Correo electrónico: rafaelql@interactive.net.ec

Esta Revista se publica con el auspicio del Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales ILDIS

Fundada en 1976 por Rafael Quintero López
Director 1999-2001 : Julio Echeverría
Director 2002: Manuel Chiriboga

Impreso en Quito-Ecuador, Abril 2005.

LAS CIENCIAS SOCIALES Y EL CAMBIO

Las ciencias sociales y el cambio: verdad y verosimilitud

Milton Benítez Torres

Los motivos para el cambio se hacen presentes por todo lado, el mundo es, desde este punto de vista, un gigantesco escenario en el que sobresale, como elemento dominante, la tragedia contemporánea a la que ha llegado la humanidad. Una visión instantánea, no histórica, como si se tratara de un mapa, nos muestra un conjunto de hechos en realidad asombrosos, más bien aterradores, que jalonan lo que se ha dado en llamar el camino hacia el infierno. No es una metáfora, es más bien la visión realista de lo que está sucediendo.

Si nos ubicamos en el campo de la economía, por ejemplo, si la economía entendemos como las condiciones que hacen posible la reproducción de la vida material de los hombres, nos encontramos con el hecho de que más de las dos terceras partes de la población mundial se encuentran definitivamente separadas de los medios y de los recursos que son necesarios para el cumplimiento de ese simple y sencillo acto en el que descansa la condición de ser del hombre que reproduce diariamente su vida por medio del trabajo. Separado de esos medios y de esos recursos, esa inmensa población ha pasado a formar parte del mundo de los excluidos, seres sin destino, sin derecho, sin familia, sin propiedad, sin si mismo, que logran afirmar sobre la tierra su vida

simplemente porque dios es bueno. Por un lado el capital concentrado, la propiedad concentrada, la riqueza concentrada, la tecnología concentrada, por otro la carencia de lo elemental, de lo mínimo indispensable, la estrechez absoluta, la falta de todo. Las masas migrantes, cada vez más abundantes y nutridas, que deambulan por el vasto mundo carentes de todo, son el testimonio vivo de este hecho que avergüenza a la humanidad.

Y esta misma situación presente en el campo de la economía, de extrañamiento y ajenidad de los hombres con los medios creados por ellos para hacer posible la vida, alcanza también al ámbito de la política, de las relaciones de poder, de las que depende la posibilidad de la organización de la sociedad en tanto que comunidad de destino, creando un conflicto y una contradicción sin posibilidad de resolución inmediata. El enunciado fundamental del mundo moderno, en el que descansa la libertad como condición de la existencia humana, de que lo diverso y diferente ha de encontrar su unidad en el derecho, ya sea en el derecho de los hombres en tanto que personas jurídicas hacia adentro, o del derecho internacional como vínculo entre pueblos que ajustan sus diferencias por este medio, por ejemplo, ha terminado cediendo ante la presión del poder concentrado a nivel planetario, y las consecuencias no han sido otras que la guerra. Guerras brutales y terribles, como en ninguna otra época, guerras sin rostro, íntegramente tecnológicas, impersonales y abstractas, manipuladas por el autómatas del poder, también sin rostro, que siembran la muerte por aquí y por allá. Guerras volcadas sobre pueblos destruidos, indefensos después del saqueo de siglos, de pueblos enredados en el desconcierto de su propio destino confundido por efecto de la manipulación y el engaño sistemático al que han sido sometidos a lo largo de la historia, pueblos que, llevados al límite, no encuentran otro recurso que llenarse el cuerpo de explosivos y hacerlos estallar allí donde se encuentra el invasor, y estallar ellos mismos en el empeño de la lucha suicida. Explotación, violencia, muerte, hechos todos estos de un mundo, no diré dramático, sino más brutal, que pueden llenar páginas de páginas, como efectivamente sucede.

Sin embargo, a pesar de ese escandaloso estado del mundo, el cambio, la transformación, aquello que nos liberaría de se-

mejante estado de cosas, aquello que haría posible la recuperación del porvenir de la humanidad, aquello que permitiría recuperar la fe y volver a dar valor a la vida, no se presenta como una certeza, como un acontecimiento inmediato por venir, como podría ser, por ejemplo, el de un edificio socavado en sus cimientos que todos saben ha de venirse abajo de un momento a otro y toman sus debidas providencias. La contemplación del escenario del mundo actual, formado de explotación, guerra y muerte, arranca a lo sumo voces de protesta, cada vez más amplias, exclamaciones de horror, cada vez más fuertes, expresiones de odio, cada vez más exaltadas, pero luego, como si solo se tratara de una pesadilla de la que no es posible escapar, todo vuelve a la normalidad y el mundo sigue su marcha desenfrenada.

II

Las ciencias sociales, las ciencias del hombre, las ciencias humanas, el pensamiento crítico, término que esconde una impropiedad al enunciarse de ese modo, las filosofías humanistas, todo ese gigantesco movimiento en el terreno de las ideas que el pensamiento contemporáneo ha hecho posible, buscan dar fundamento racional a lo que la instantánea del mundo nos muestra con descaro y desparpajo. Y lo logra de un modo bastante claro. La filosofía denuncia las trampas del saber, la politología denuncia las trampas del poder, la economía denuncia las trampas del neoliberalismo, la ética denuncia las trampas de la moral, la estética denuncia las trampas de la sensibilidad moderna, y, todas, de mutuo acuerdo, aunque en ámbitos específicos, llegan a una misma conclusión: el mundo actual, así como va, no da para más, requiere en forma urgente de una profunda transformación si es que aspira a contar su historia a las generaciones venideras. En este punto, la filosofía, las ciencias sociales, las ciencias humanas, las ciencias del hombre, tal vez sin querer, sin que sea ese su propósito, vuelven a coincidir, aunque en contextos teóricos e ideológicos diferentes, quizá por la fuerza de los hechos, con la verdad contenida en ese vilipendiado texto del Manifiesto Comunista: el mundo debe cambiar. Pero esta verdad que da fundamento y racionalidad al saber actual, por razones que es preciso

establecer, como si se tratara de un artificio de magia, abandona el mundo de la vida y solo alcanza a tener existencia en el discurso, de modo que, a los males del mundo ya descritos, se suma este otro, quizá más temible, que podríamos enunciarlo, siguiendo el sentido de la fábula, como la historia de una época de la humanidad en la que sus sabios habían producido una verdad potente, verdadera desde todo punto de vista, que, sin embargo, no alcanzaba a instalarse en la realidad del mundo y convertirse en voz de los tiempos.

III

No creo que sea esta la primera vez que asistimos al espectáculo de un hecho con forma de paradoja, de una verdad del mundo silenciada por el mundo. Basta para ilustrar el caso tan solo un ejemplo: cuando Galileo Galilei dibujó el mapa del universo con el sol al centro, el Santo Oficio reaccionó de inmediato acusándolo de herejía, obligándolo a retractarse so pena de terminar en la hoguera. Y es que la verdad no opera por sí misma, no es suficiente para que se vuelva acto, hecho, realidad palpable, es tan solo una potencia que, para despertar, requiere de algo que le conecte con el mundo. Ese algo que le hace falta a la verdad para volverse activa, terrestre y material, tiene que ver con lo que, tomando de la narrativa, llamaremos verosimilitud. Solo las verdades que adquieren la gracia de la verosimilitud, se vuelven fuerza. Se me ocurre que el fenómeno éste al que estamos asistiendo, de la paradoja del saber que se niega no bien se lo enuncia, tiene que ver con la ausencia de verosimilitud de lo que la filosofía, las ciencias sociales, las ciencias del hombre, las ciencias humanas, consignan en el interior de sus discursos. Verdades verdaderas carentes de verosimilitud.

IV

Entre verdad y verosimilitud hay una distancia, y esa distancia es ocupada por el poder. No todas las historias son verdaderas, no todas las verdades son verosímiles. La historia de Superman, por ejemplo, del Agente 007, de Rambo, así como tantas

otras historias que cruzan por el imaginario social, no son verdaderas en lo más mínimo, pero son verosímiles. Hay en cambio otras historias, verdaderas por completo, que no son verosímiles: las hazañas de los excluidos por seguir manteniéndose en un mundo completamente adverso son desde todo punto de vista verdaderas, pero no son verosímiles. En esa ausencia de verosimilitud está la ausencia de fe, como negación de la existencia de esos sujetos, de su desconocimiento, de su muerte simbólica, de su descentramiento, de su existencia misma. A los excluidos no les hace falta una verdad, como podrá pensarse, lo que les hace falta es un argumento en el que esté contemplada la posibilidad de verosimilitud de sus motivos y de sus esfuerzos, de sus razones de existencia. Ello es así por que su realidad está contada en el interior de una luz difusa que vuelve imposible el reconocimiento de su lógica, de su historia, de su ser real. El no reconocimiento de esa su lógica, su imposibilidad de constituirse en referente que organiza la vida, su ausencia de perfiles claros que les permita una adecuada ubicación en el mundo, es uno de los tantos aspectos en los que se desarrolla la astucia del poder en el proceso de apropiación de la subjetividad de los individuos. Se trata, por supuesto, del modo como el poder maneja los espacios de la luz y de la sombra en los que es posible la iluminación del pensamiento. Por efecto de ese manejo, la filosofía contemporánea, las ciencias sociales contemporáneas, las ciencias del hombre contemporáneas, las ciencias humanas contemporáneas, todo ese gigantesco entramado de producción intelectual que sostiene una verdad verdadera, la necesidad del cambio y la transformación del mundo, no alcanza la necesaria verosimilitud que pueda hacer de esa verdad dicha y sentida una verdad creíble, ligada a la certidumbre de la existencia. El tema de mi disertación toma ese punto, por considerarlo de trascendental importancia, y parte de una pregunta que considero fundamental: ¿Por efecto de qué causas, de qué circunstancias, de qué razones, la verdad contenida en el interior de los discursos de las ciencias sociales, de las filosofías, de las ciencias humanas, de las ciencias del hombre, han perdido el don de la verosimilitud y no pueden salir a recorrer los caminos del mundo?

V

Hay en cuanto a esto dos aspectos, sobre los que es preciso reflexionar, uno de carácter teórico, otro de carácter práctico, presentes en el campo del pensamiento contemporáneo. El primero tiene que ver con las premisas y el sentido del pensar actual, su orientación dentro de un horizonte de sentido determinado. El segundo, en cambio, hace relación al ámbito en el que se desarrolla la actividad, su espacio social, el entramado que sirve de soporte al qué hacer de los intelectuales. Lo primero tiene que ver con la relación del pensamiento entre el ámbito de lo intelectual, de los procesos mentales, de los procesos cognoscitivos, y el ámbito de lo sensible, de la vida llana y simple, de los procesos reales. Lo segundo, en cambio, tiene que ver con la relación del pensamiento entre el espacio que hace de soporte y lo sostiene: la academia, las Ongs, los centros de investigación, y la sociedad.

VI

Hace no mucho, alguien, en el centro del mundo, hizo una afirmación que la humanidad en su conjunto consideró temeraria y audaz, carente de todo fundamento: el mundo, dijo, ha completado su ciclo al haber encontrado las formas perfectas de su ser en la economía liberal y el sistema democrático, con lo cual la historia quedaba zanjada, no más drama por lo tanto, no más tragedia, no más esfuerzos vanos, en lo sucesivo asistiríamos a la contemplación de la eterna reiteración de lo mismo, por los siglos de los siglos. No me refiero a Hegel, para quien el asunto era mucho más complejo, me refiero a Francis Fukuyama, teórico sistemático de la ideología del Imperio. Los hechos que se desencadenaron luego: la disolución de la Unión Soviética, la disolución de los estados socialistas del Este, la caída del muro de Berlín, la suspensión y derrota de los procesos revolucionarios en el resto del mundo, la reunificación del mundo bajo la mirada y acción tutelar del imperialismo norteamericano, parecían darle la razón, corroborando la certeza de lo dicho. En efecto, ¿La historia no termina acaso cuando se unen el principio con el fin? ¿No era esto lo que efectivamente había sucedido? ¿No eran aca-

so esos hechos necesarios para el establecimiento de un mundo unipolar y unidimensional organizado en torno al capital mundial que para la fecha, después de un recorrido de más de quinientos años, se había vuelto planetario? ¿No constituye ello el cierre de un ciclo de la historia del mundo dominada por el capital? ¿No estábamos asistiendo entonces a la fase final del capitalismo histórico, no en el sentido de su liquidación, sino más bien de su universalización? Por efecto de ello, ¿no estábamos entrando en una fase de cancelación del flujo histórico de las llamadas formaciones sociales capitalistas y de su mundo? De ser esto así, ¿no será que estábamos asistiendo efectivamente al fin de la historia? Alguien, quizá muchos, a lo mejor todos, me dirán que de ningún modo, que el fin del ciclo de las formaciones sociales capitalistas con su orden social de explotación, opresión y muerte, de ningún modo significa el fin de la historia, considerada ésta de un modo general y en un sentido amplio, de la historia con mayúsculas, de la historia de la humanidad, sino tan solo de uno de sus momentos o fases. Y es justamente allí, en ese deseo de continuidad que hace de soporte al pensamiento actual, donde encuentro un desajuste, una no correspondencia entre el orden de las ideas y el orden de la realidad. No creo existe la historia en general, la historia con mayúscula, la historia de la humanidad, se me figura que es ello tan solo un modo de pensar, una tradición, propio de la cultura occidental, una ideología que organiza el espacio tiempo de un modo continuo para garantizar justamente su cohesión y su coherencia. Fuera de esta ideología, que hace del tiempo su aliado, la vida de los hombres en general es más bien discontinua y azarosa, enfrentada a lo incierto. Pero nos esforzamos en pensar de ese otro modo. Lo que en el ámbito de la realidad sensible es ruptura y discontinuidad, apertura hacia lo nuevo que aún no anticipa su futuro, en el ámbito del pensamiento queremos reducirlo, absorberlo, mediatizarlo hacia lo continuo. De este modo, lo nuevo por venir es la continuidad de lo anterior por mutación o metamorfosis, más o menos como sucede en el ámbito de las teorías de la evolución. Esta actitud, este sesgo epistemológico que invade el pensar, se me ocurre que no es otra cosa que una particular forma de miedo al porvenir, una especie de desconfianza al futuro que aún no

cristaliza, una profunda falta de fe en la vida, que es el principio primero, el pilar fundamental de todo proceso y de toda historia. Un psicoanálisis de los sistemas del pensamiento contemporáneo en el campo de las ciencias sociales nos mostraría este núcleo inconsciente desde el que se proyecta el pensar actual. Por efecto de este núcleo, surge la paradoja de un pensamiento que encuentra la verdad, pero que, al mismo tiempo, le suspende la voz robándole su verosimilitud, impidiéndole de ese modo abandonar el discurso en el que existe y salir a recorrer los caminos del mundo. Se trata, efectivamente, de la llamada crisis de las Ciencias Sociales, crisis moral y crisis científica.

VII

Lo anterior no deja de tener sus efectos en el ámbito del conocimiento como praxis social. Lo primero que podemos encontrar es la presencia de una contradicción entre el conocimiento y el saber. El conocimiento es al saber como el esqueleto es al cuerpo, no tanto en el sentido de que lo sostiene, sino más bien en el sentido de que hace posible la forma. Por la forma, es decir por su corporeidad, porque es indudable que el saber no es solo espíritu, entra en contacto con el mundo, se vuelve potencia, principio activo ligado a la vida. El conocimiento, la práctica intelectual productora de saber, al anclarse en un referente espacio tiempo que ya no es porque el mundo que lo sustentaba concluyó su ciclo, roba, subtrae, evapora, vuelve invisible el lado sensible del saber convirtiéndolo en una pura abstracción que ya no se sostiene en la realidad sino en el solo discurso. De ese modo el pensamiento se separa de la vida. Roto el vínculo con la realidad, su posibilidad de existencia no es otra que su autoreferenciación, es decir esa práctica intelectual que parte de un discurso para parir un nuevo discurso, infinitos discursos, corredores llenos de discursos, rutas llenas de discursos, redes articuladas en torno a discursos, discursos y más discursos, todos ellos verdaderos en el rigor argumentativo de sus premisas, pero eunucos, carentes de verosimilitud, que no alcanzan el lado sensible de la existencia, que perdieron la gracia de la seducción justamente porque son subsidiarios de un espacio tiempo que ya no es.

Esa separación del pensamiento respecto de la vida, se materializa en la cosificación de las ciencias sociales, de las ciencias del hombre, de las ciencias humanas, de sus espacios como la academia, los centros de investigación, las ONGs, los encuentros, y también, por cierto, de la actividad misma del saber. Producto de esa cosificación, como manifestación fenoménica, emerge el rostro de la crisis en la descripción que de ella ha hecho Heinz Dieterich. El dice:

“Afirmar que las ciencias sociales se encuentran en una profunda crisis equivale a decir que los sujetos sociales que la producen, están en crisis, Y, de hecho, podemos hablar de un colapso de la inteligencia global frente a los grandes problemas de la humanidad y de las mayorías. Ese colapso es doble: moral y científico, y es el resultado de un proceso de domesticación y conversión de una inteligencia crítica e independiente en una intelectualidad cortesana, que encuentra su razón de ser básicamente en el servicio a los intereses de dominación de las elites en el poder; para ser más preciso: sirve como caja de proyección de esos intereses, buscando las formas mediáticas más adecuadas y funcionales para su imposición. No es exageración alguna, decir que el colapso ético y profesional de una gran parte de la inteligencia la ha integrado funcionalmente en la lucha de clases ideológica de la gran burguesía mundial”.

VIII

Si las ciencias sociales, las ciencias del hombre, las ciencias humanas, las ciencias oficiales en suma, han perdido la capacidad de seducción para enlazar el pensamiento con la vida, ¿dónde radica entonces la esperanza de un mundo distinto?

La coyuntura actual está marcada por la presencia de dos tiempos no coincidentes, coyuntura típica de los momentos pre-revolucionarios, caracterizados por la suspensión del flujo histórico: el tiempo del orden social existente, del mundo burgués globalizado, y el tiempo de la humanidad, contenido en lo que se ha dado en llamar: mundialización de la vida social. El tiempo del orden social existente es el tiempo de la administración de los

asuntos sociales desde la lógica del poder en un contexto deshistorizado, es decir de un presente eterno que no se abre hacia el porvenir. El tiempo de la humanidad, en cambio, es el tiempo de la política transformadora como posibilidad de la humanidad, es el tiempo del futuro que aún no tiene presente. Se trata por lo tanto de una coyuntura marcada por un momento de cancelación de la continuidad del flujo histórico, una coyuntura que reactualiza la revolución como verdad absoluta que hace de la pregunta ¿cuáles son las condiciones de la revolución posible?, la pregunta fundamental.

Los constitutivos propios con los que es posible responder a la pregunta, no se encuentran en el interior de los discursos existentes, ni siquiera en el interior de la Teoría de la Revolución, tal como la formularon los clásicos, estarían presentes en el pensamiento vivo de los nuevos actores sociales que la globalización ha puesto en movimiento: de los sin tierra, de los zapatistas, de los indios, de los GLVT, de los marginales aún sin voz ni rostro, que no han alcanzado aún su condición de existencia como sujetos formadores del mundo del mañana. Pero estarían de un modo disperso, no sistematizado aún en el interior de un programa, carentes aún de legalidad, pero no por ello carentes de la necesaria certidumbre por medio de la cual se conviertan en verdad verosímil de los nuevos tiempos.

A las ciencias sociales, y, de un modo muy particular a los científicos sociales, en general a los intelectuales del mundo actual, si queremos escapar de la paradoja, no nos queda otra que tomar por el camino señalado, setecientos años atrás, por San Buenaventura. El dice: "El papel de los sabios es expresar con rigor conceptual la verdad contenida en el mundo de los simples".